

turero. No fué un soberano reinante sino uno de aquellos wíkingos del Norte que habían hecho algunos siglos antes sus correrías: era un héroe, no un general, pero su persona es en extremo simpática. La tradición rusa hace de él la siguiente descripción: «Apenas hubo llegado á la edad viril, comenzó á reunir muchos y valientes ejércitos, pues era muy valeroso. Con la ligereza de la pantera recorría los países y recogía guerreros. Cuando estaba en campaña no llevaba coche alguno, ni siquiera una marmita: no cocía carne, sino que comía carne de caballo cortada en pedacitos pequeños, ó caza ó carne de buey tostada sobre carbones. Tampoco usaba tienda de campaña sino que extendía una manta de caballo y la silla le servía de almohada. De la misma manera vivían sus guerreros.» Los griegos nos han dejado también una descripción del héroe. Después de firmada la última paz, Zimisces y Swiatoslao celebraron una entrevista en la orilla derecha del Danubio, en cuya ocasión los griegos tuvieron espacio para examinarle detenidamente. Era de mediana estatura, de ojos azules y pobladas cejas; su nariz era chata y la boca adornada con un gran bigote; su barba era poco espesa y de su cabeza pendía rizada cabellera: tenía ancho cuello y los demás miembros del cuerpo eran proporcionados. Su aspecto era siniestro y salvaje: de una de sus orejas pendía un anillo compuesto de un rubí y dos perlas: su blanca túnica solo por su limpieza se diferenciaba de la de sus guerreros.

En Rusia apenas llamó la atención la muerte del príncipe: éste y sus hombres eran como extranjeros para el imperio, y los lazos de unión habían permanecido rotos durante tanto tiempo, que nunca llegaron á tener los rusos conciencia de que su muerte fuera una verdadera pérdida. Los tres hijos de Swiatoslao hacia años que ejercían una soberanía por nadie combatida: Yaropolk gobernaba en Kieff, Oleg en el país de los drewlyanes y Wladimiro en el Norte, entre los eslavos del Ilmen y sus vecinos fineses. Los tres príncipes eran menores de edad: Yaropolk podía contar á lo mas quince años y aun quizás no los tenía. Sweneld se reunió con él y, según parece, pronto alcanzó gran influencia con el antes mencionado woivoda Blut (1): su hijo, Lyut, figuraba entre los compañeros del joven príncipe, el cual, después de aquel fué muerto en 974 en la caza por los hombres de Oleg, entabló una lucha con su hermano (2). Tres años después, en 977, ocurrió el rompimiento: Oleg fué derrotado y pereció ahogado cuando intentaba volver á su residencia (3): en la precipitación de la fuga había sido arrojado desde un puente. Entonces el país de los drawlyanes quedó unido al de Kieff sin que ocurriera ulterior resistencia. Wladimiro, atemorizado por la ambición de su hermano, emprendió la fuga, de manera que Yaropolk quedó en Rusia como único soberano. El imperio tuvo dos años de paz, durante los cuales había ido creciendo Wladimiro, el cual había encontrado un refugio allende los mares, entre los warangos. Desde allí, al tercer año, en 979, acompañado de un gran número de mercenarios warangos se dirigió á Rusia y al momento se apoderó de Nowgorod: el gobernador que en esta ciudad había puesto Yaropolk huyó, y Wladimiro, que tenía á su lado á su tío Dobrinya, pudo reclutar entre los habitantes, chudos y kriwitsches, un gran ejército. Sin embargo, antes de decidirse á ir abiertamente en són de conquista contra su hermano, intentó asegurarse de la alianza de Rogwolod, prínci-

(1) No se sabe si el nombre Blut es del Norte ó eslavo: en el primer caso se pronunciaría *Lyotr* ó *Lyultr*, en el segundo significaría «el cruel.»

(2) Que no fué el mismo Oleg quien mató á Lyut, como refiere la crónica, se desprende del hecho de contar el primero 14 años á lo mas (en 974), mientras que el segundo debía de ser mucho mayor.

(3) El cronista llama á este lugar Wrutschai: es la actual Owruutsch, junto á un afluente del Uscha, que desemboca en el Pripet.

pe de Polozk. Rogwolod, ó en forma escandinava Ragwaldr, era un príncipe normando independiente, no unido por ningún lazo de parentesco con la familia de Rurik, y cuya soberanía había sido fundada, no sabemos cuándo ni cómo, en el Dwina medio, entre las tribus eslavas de los polotschanos (4). El hermano mayor también había buscado alianzas por este lado, pidiendo la mano de Rogneda, en escandinavo Ragnheid, hija de Rogwolod. Al ver Wladimiro desestimada la misma petición que hizo por su parte, — pues la orgullosa princesa le echó en cara su linaje, haciéndole decir que no quería casarse con el hijo de una criada, sino que prefería á Yaropolk, — dirigióse con todas sus fuerzas contra Polozk, mató al príncipe y á sus dos hijos y tomó á Rogneda por mujer. Después, sin detenerse, marchó contra Yaropolk, el cual, no sintiéndose con fuerzas bastantes para resistir el ataque de su hermano, le esperó, siguiendo los consejos de su woivoda Blut, detrás de las murallas de Kieff. Blut, sin embargo, halagado con la promesa que le hizo Wladimiro de concederle el primer puesto en su corte, se decidió á hacer traición á su señor. Para esto comenzó por inducir al príncipe, que tenía en él confianza ciega, á que saliera de Kieff y se encerrara en Rodna, y cuando Wladimiro, después de penetrar en la primera de estas dos ciudades, puso cerco á la segunda, le aconsejó que se entregara incondicionalmente á su hermano. A pesar de las amonestaciones de uno de sus fieles servidores, que comprendía la traición de Blut, Yaropolk entregóse á Wladimiro y fué asesinado por dos warangos, que habían sido apostados con este objeto á la entrada del aposento del príncipe.

Wladimiro quedó, pues, soberano único en Rusia.

CAPÍTULO VII

WLADIMIRO EL SANTO

Motivos tenemos para creer que, en la lucha entre Yaropolk y Wladimiro, el primero no se vió del todo apoyado por los suyos á consecuencia de su inclinación hácia el cristianismo: su carácter vacilante le impidió además atraerse al partido cristiano, que indudablemente existía en Kieff, y sucumbió por la tibieza de sus disposiciones y por la falta de confianza en sí mismo. Nunca le vemos obrar por iniciativa propia: primero es Swinaldr quien le induce á declarar la guerra á Oleg, luego toda su conducta se inspira en los consejos de Blut. Wladimiro era el reverso de la medalla: cierto que también estaba bajo la dirección de un hombre, pero Dobrinya había educado al joven príncipe en principios de independencia, y la permanencia de éste en Escandinavia, durante tres años, contribuyó poderosamente á formar su carácter. En primer lugar, era acérrimo partidario de los antiguos dioses, y tan luego como la derrota de su hermano reunió en sus manos todo el poder del Estado ruso, pensó en mostrar su gratitud hácia las antiguas divinidades que le habían conducido á la victoria, renovando sus templos y consagrándoles ferviente veneración. Por esto comenzó á levantar en Kieff, que fué su residencia, estatuas en honor de sus dioses: cerca de la torre que habitaba el príncipe alzabanse en una colina las estatuas de las divinidades siguientes: un

(4) No me parece inverosímil que esta soberanía fuese de fecha reciente: en tiempo de Rurik no existía. También causa sorpresa el hecho de que no se haga en ninguna parte mención de la toma de la ciudad por Oleg. Este, en su expedición de Nowgorod á Kieff, avanzó de una manera tan sistemática que de fijo no hubiera consentido en que á sus espaldas hubiera un reino normando independiente. De aquí nace la hipótesis de que aquella soberanía nació en tiempo de Swiatoslao, en que la Rusia estaba entregada á sí misma.

Pirun, de madera, con la cabeza de plata y los bigotes de oro, Chors, Daschbog, Stribog, Simargla, Mokosch, dioses que seguían en importancia á Pirun y de los cuales solo conocemos el nombre. Casi puede creerse que los príncipes normandos fueron los primeros que indujeron á los rusos á levantar estatuas á sus dioses; por lo menos no hay noticia de que éstas existieran antes. El culto introducido por Wladimiro reviste un carácter sanguinario, completamente ajeno al modo de ser de los eslavos (1): era una tentativa para dar al incolore sistema religioso de sus súbditos una dirección que les pusiera en condiciones de combatir los progresos del cristianismo. En todos los períodos de transición encontramos igual fenómeno. Pero precisamente este procedimiento robusteció al cristianismo, y las víctimas que á Pirun se sacrificaban, los hijos que le debían ser ofrecidos, fueron los últimos que sucumbieron en Rusia ante los dioses paganos. La resistencia se manifestó en algunas ocasiones: un warango cristiano, á cuyo hijo le había tocado por suerte ser víctima propiciatoria, rechazó y colmó de insultos á los enviados de Wladimiro que trataron de llevarse al niño; y aun cuando la bárbara multitud asesinó al padre y al hijo, el aguijón quedó clavado y el valor de que dieron pruebas las víctimas cristianas no fué olvidado.

El príncipe se mantenía aferrado á sus dioses al mismo tiempo que se entregaba con exceso á los placeres del amor. Además de sus cinco esposas legítimas, tenía, cual otro Salomon, ochocientas concubinas: trescientas en Wischegorod, trescientas en Belgorod y doscientas en la aldea de Berestoff, lugares todos situados en las cercanías de Kieff. Sabia desembarazarse con fuerza y astucia de sus enemigos. Los warangos le disturbaban: habiáanse sublevado y, no habiendo podido saquear á Kieff, pedían una suma que ascendía á dos gríwnes por cada ciudadano de la capital. Wladimiro supo contenerlos, se atrajo á sus caudillos dándoles territorios y súbditos, y tomó con los demás una actitud tan amenazadora que los warangos se dieron por muy satisfechos con que se les permitiera dirigirse libremente á Grecia. Entonces el príncipe ruso envió por delante al emperador una embajada, diciéndole: «Los warangos se dirigen á tu país; no les dejes permanecer en la ciudad, pues causarán en ella los males que aquí han producido: distribúyelos en distintas comarcas y no permitas que ninguno regrese á mis territorios.» Wladimiro se hizo reconocer rápidamente en todas partes: los wiatishes fueron los primeros sojuzgados y obligados á pagarle tributo; luego, en el mismo año 981, arrebató á Polonia una parte de las plazas fuertes del país de los korwates, de las cuales los polacos se habían apoderado aprovechándose de las debilidades de los anteriores reinados: Peremischl y Cherven volvieron á ser rusas, aun cuando Wladimiro se vió obligado después á emprender una serie de campañas para conservar su posesión, de tal suerte que la lucha se prolongó, con algunas interrupciones, hasta los primeros años del reinado de Boleslao. La tradición se encuentra al llegar á este punto tan confusa que no nos es posible seguir en sus pormenores esta lucha. De excepcional importancia fué también una campaña que Wladimiro emprendió en el territorio selvático de los yatwiagos de Lituania, los cuales, al decir de la crónica rusa, fueron sojuzgados, siendo conquistado su territorio. Esto no obstante, en el siglo XIII volvemos á encontrarlos en completa independencia. Según todas las probabilidades, no fué aquella mas que una expedición para tomar venganza de la invasión que los yatwiagos habían llevado á cabo en el

(1) Véase Stassoff: *Observaciones sobre los rusos de Ibn-Fadlan* (en ruso). *Diario del ministerio de la Ilustración popular*, CCXVI, cuaderno 2.º, pág. 287.

vecino territorio de los dryagowisches. Después de haber descansado las armas por espacio de tres años, dirigióse Wladimiro contra los radimitsches, tribu que se había apoderado del corazón de la antigua Rusia, es decir, del territorio del Dnieper medio, al Norte de Kieff. Sorprende que las distintas tribus eslavas, que á pesar de soportar hacia veinte años la soberanía normanda todavía pagaban á disgusto el tributo al extranjero, no supieran unirse para organizar una resistencia común. En todos los ámbitos del imperio estallaron sublevaciones durante el período que estudiamos, pero siempre los warangos consiguieron irse dominando una tras otra, y apoyados por Nowgorod y Kieff, es decir, por las tribus de los slowenos y de los polyanes, que siempre se mantuvieron fieles, continuaron siendo los dueños de la situación. Los radimitsches, que habían dejado escapar la favorable ocasión que pocos años antes se les había ofrecido, sintieron entonces solos todo el peso del poder militar de los eslavo-warangos, sufriendo junto al Pischtschan, afluente del Sosch, una derrota que quebrantó para siempre su resistencia. Esta derrota reanimó al parecer en Wladimiro el afán por las guerras, pues en el siguiente año ya le vemos haciendo aprestos para la lucha, que esta vez había de ser con los búlgaros del Volga y del Oka. Él y su ejército emprendieron el camino fluvial, mientras que los mercenarios turcos les seguían á caballo por las márgenes del río. La suerte le fué también favorable en esta campaña, pero por consejo de Dobrinya, que seguía dirigiendo á Wladimiro, se firmó la paz. Ignoramos cuáles fueron las condiciones en ella estipuladas; lo único que sabemos es que ambas partes juraron respetarla «hasta que las piedras nadaran y el lúpulo comenzara á sumergirse en el agua.» Esto no obstante hubo después otras dos campañas contra los búlgaros, y solo á fines del reinado de Wladimiro pudo firmarse el tratado de comercio que debía ser de mas larga duración.

Todas las empresas hasta entonces realizadas por el príncipe revelan un plan muy bien meditado. A fines del año 987 había asegurado las fronteras de su imperio y restablecido la tranquilidad en el interior, siendo en esta fecha soberano exclusivo de toda la herencia dejada por su padre. No tenemos razón alguna para creer que la interesantísima conducta seguida posteriormente por Wladimiro, su expedición á Kherson y su ingreso en el cristianismo, hecho que se relaciona con aquella expedición, fuesen resultado de la buena fe ó de una inspiración repentina; antes bien las narraciones contenidas acerca de ello en la tradición rusa demuestran que solo se nos refiere el final de una serie de sucesos, cuya cohesión no podemos comprender del todo. Como cierto puede considerarse lo siguiente: Wladimiro, por medio de los elementos paganos, había conseguido ser soberano absoluto de Rusia; educado en Nowgorod, donde subsistía en toda su fuerza el paganismo, en oposición á lo que vemos en Kieff, pudo, durante su permanencia en Suecia, conocer fijamente el culto de los dioses del Norte, que se mantenía todavía en vigor en aquellos países. De aquí el celo que mostró en los comienzos de su reinado; pero pronto cambiaron las cosas. La nueva residencia, Kieff, estaba minada por los elementos cristianos; había en ella una iglesia cristiana que podía presentar sus mártires; allí se levantaba la bendita tumba cristiana de su abuela Olga, «que fué la mas sabia de las criaturas;» allí, por último, dadas las relaciones mercantiles que con el imperio bizantino existían, llegaban las relaciones de los mercaderes rusos, que regresaban á su patria describiendo el lujo del culto de Constantinopla, que contrastaba poderosamente con las formas primitivas del culto tal como se usaba entre los eslavos rusos. Hay que agregar á esto que Wladimiro se había visto obligado á licenciar á los warangos paganos, con

cuyo auxilio había fundado su soberanía. Una tradición contenida en las sagas del Norte, cuya veracidad no puede negarse en absoluto, refiere las luchas que hubo de sostener contra Suecia, que desde el Norte procuraba ensanchar sus conquistas; de suerte que se hacía ya una campaña contra aquellos elementos entre los cuales se había conservado más puro el paganismo. Wladimiro se vió, pues, obligado, por la fuerza de las circunstancias, á buscar su más firme apoyo entre los eslavos, y especialmente entre los polyanes de Kieff, que eran los que más se habían dejado influir por el cristianismo. La tentativa hecha para regenerar el paganismo podía considerarse como fracasada, y el mismo príncipe no podía ya evitar el adquirir un conocimiento más inmediato de las doctrinas cristianas. La tradición rusa ha envuelto la historia preliminar de la conversión de Wladimiro en una especie de aureola legendaria, refiriendo con sobrada candidez que se le presentaron representantes de las religiones judía, mahometana, católico-romana y bizantina, cada uno de los cuales se esforzó por conquistarle para sus respectivas creencias. Añade que el representante de la griega fué el que con su elocuencia y con la descripción del juicio final produjo mayor impresión en su ánimo. No tomó, sin embargo, una resolución definitiva, sino que dijo: «Quiero esperar un poco y enterarme de las doctrinas de los demás.» Después de esto, según refiere la crónica, convocó á sus boyardos y á los más ancianos de la ciudad — lo cual es más extraño, — exponiéndoles sus dudas y decidiendo, por consejo de los concurrentes, enviar emisarios que por sí mismos pudieran apreciar lo que valía cada una de las distintas religiones. En su consecuencia partieron diez hombres, los cuales se dirigieron primero al país de los búlgaros, luego al de los alemanes y por último á Constantinopla — no visitando á los cazares judíos, lo cual no deja de ser extraño, — cuyo lujoso culto causó en ellos impresión profunda. La descripción que le hicieron indujo á Wladimiro á abrazar la religión cristiana y solo le asaltaron dudas respecto del lugar en que con los suyos debía ser bautizado. Al año siguiente, 988, dirigióse contra Kherson, que pertenecía al emperador bizantino, puso sitio á la ciudad y recibió de un traidor el consejo de cortar el agua que la abastecía, medio seguro para obligarla á la rendición. El príncipe ruso había prometido que si el éxito coronaba su empresa, recibiría el bautismo en Kherson. La ciudad capituló y Wladimiro envió embajadores á los emperadores bizantinos, Basilio y Constantino, solicitando la mano de su hermana, la cual le fué concedida á condición de que se hiciera cristiano. Al entrar en Kherson, enfermó de tal manera de los ojos que se quedó sin vista, y no la recobró hasta que por consejo de su esposa, la princesa Ana, hubo recibido las aguas del bautismo. Este suceso ocurrió en la iglesia de la Madre de Dios, de Kherson, y la ciudad fué por él devuelta á los griegos como dote á cambio de la zarina.

Tales son los rasgos fundamentales de la tradición, cuyos detalles legendarios saltan desde luego á la vista. Las embajadas á los distintos países no fueron enviadas: el milagro de la curación repentina de Wladimiro ha sido por vez primera referido por autores posteriores. Esto está comprobado por el hecho de que el metropolitano Hilarion, que escribió en aquella época, nada dice acerca de las embajadas. En cambio es histórica la expedición á Kherson, como lo son también los hechos con ella enlazados de la conversión y del casamiento de Wladimiro con Ana, hija del emperador Romano II. También es muy verosímil que Wladimiro considerara la victoria conseguida en su campaña contra Kherson en cierto modo como un juicio de Dios, que había de inducirle ó desviarle de las nuevas creencias. El hecho, sin embargo, no ha sido puesto en claro hasta que el baron Rosen

descubrió recientemente la crónica de Yahya de Antioquia: el cronista escribió en tiempo de Yaroslao, hijo de Wladimiro, y puede por esto ser considerado como contemporáneo de aquellos sucesos. Wladimiro, al emprender la campaña de Kherson, eligió un momento favorable, pues los emperadores bizantinos Basilio y Constantino VIII se encontraban en situación muy apurada á consecuencia de la sedición promovida en Capadocia por Bardas Focas, que se había hecho proclamar contraemperador. Para salvar la capital y el trono no les quedó á aquellos más recurso que implorar el auxilio de Wladimiro, el cual envió un ejército de 6,000 hombres que, conducido á Constantinopla en embarcaciones griegas, dió á Basilio la victoria contra los insurrectos. La batalla de Abydos, librada en 13 de abril de 989, puso fin á la sublevación. Kherson no había sucumbido todavía. La aparición de un terrible cometa y de una aurora boreal, que según la tradición anunciaron la caída de Kherson, permiten fijar fechas exactas. La aurora boreal se vió en Egipto el día 7 de abril de 989, y el cometa, que brilló por espacio de veinte días en el firmamento, desapareció el día 27 de julio del propio año: la ciudad debió, pues, de capitular lo más tarde el día antes de esta fecha y siempre después del 7 de dicho mes. Después de la toma de Kherson, Wladimiro embriagado por la victoria envió á Constantinopla dos embajadas y pidió la mano de la princesa Ana. Esta le fué concedida, y entonces él, como regalo de novio, devolvió á los griegos la ciudad conquistada, concediéndole en cambio los bizantinos las regalías y el título de *Basileos* (rey), que hizo grabar acto continuo en sus monedas de oro y de plata. No puede determinarse á punto fijo si la princesa Ana llegó á Kherson durante el verano del año 989 y si Wladimiro recibió el bautismo en dicho año ó en 990. El hecho de que los emperadores griegos se decidieran á dar por esposa á un bárbaro la princesa Ana se explica perfectamente por lo que nos refiere Yahya (1). El matrimonio de su hermana Ana con el príncipe ruso ofrecía la perspectiva de una paz duradera con Rusia, y sobre todo la inmensa gloria de conquistar á todo un pueblo para el cristianismo. Esta última consideración debió ser de gran peso, sobre todo entonces, cuando se acercaba el año 1000. Constantinopla no volvió á ser molestada por Rusia, y con

(1) Según relación epistolar del académico Kunik. El pasaje de Yahya referente á este punto dice así:

«Y se levantó abiertamente Bardas Focas y se hizo proclamar emperador el miércoles, día de la Santa Cruzada (14 de setiembre de 987)... Y se agotaron sus tesoros (los del emperador Basilio), y la necesidad le obligó á enviar una embajada al emperador de los rusos, que era su enemigo, para suplicarle que le auxiliara en tan apurado trance. Y él aceptó, y ambos firmaron un tratado de parentesco, casándose el czar de los rusos con la hermana del emperador. Resuelta la cuestión del matrimonio, presentáronse las tropas rusas y se reunieron con el ejército griego. El emperador Basilio y su hermano Constantino, al frente de su ejército y del de los rusos, se encontraron con Bardas Focas junto á Abydos y le derrotaron completamente, y Focas fué muerto el sábado, 13 Nizan (abril)... Impreso en la obra: *El emperador Basilio, campeón de los búlgaros. Extracto de la crónica de Yahya de Antioquia*, publicada por el baron Rosen, en San Petersburgo, en 1883, pág. 22.

Con esta relación concuerda la opinión de Golubinski, obra citada, pág. 103. De las noticias publicadas por el monje Jacob resulta que Wladimiro se apoderó de Kherson dos años después de haber sido bautizado, hecho que, como el bautismo de Olga, fué tenido al principio en secreto: de suerte que la toma de aquella ciudad se llevó á cabo, según esta cuenta, en 987. La expedición había sido emprendida «para llevar al país cristianos y sacerdotes que le instruyeran.» La cronología de Jacob no es muy fidedigna, pues á dar crédito á la observación de éste, reproducida por Golubinski, de que Wladimiro fué bautizado diez años después del asesinato de Yaropolk, el hecho del bautismo habría acaecido en 988, fecha que en manera alguna puede ser exacta. Que el bautismo de Wladimiro fué un hecho enlazado con sus relaciones con Grecia se demuestra por haber tomado el nombre de Wassili, que se refiere claramente al del emperador Basilio.

la conversión de su peligroso vecino consiguió mucho más de lo que con todos sus ejércitos habría logrado. La princesa Ana, que, según cuenta la tradición, se embarcó con las lágrimas en los ojos, pudo unir al sacrificio que hacía la esperanza de una eterna recompensa. Wladimiro había procurado perpetuar su memoria en Kherson fundando en esta ciudad una iglesia, después de lo cual regresó á su patria llevando consigo reliquias, una esposa y un buen número de sacerdotes griegos. Llegado que hubo á Kieff, dedicóse con celo á derrocar los antiguos dioses y á abrir ancho campo al cristianismo. El hecho nos ha sido transmitido por la antigua crónica, que lo ha tomado de la tradición que todavía se conservaba en el pueblo, y merece que á él dediquemos algunas palabras. Las estatuas de los dioses fueron en parte hechas pedazos y en parte quemadas: á la de Pirun, sin embargo, divinidad tan venerada por las creencias populares, mandó atar á la cola de un caballo, y de la altura en que era venerada fué de esta suerte bajada al valle y colocada junto al Dnieper: en este punto había doce hombres dispuestos con palos que la levantaron en alto y la arrojaron á la corriente del río, en cuyas márgenes, hasta llegar á las cascadas, había hombres de confianza que la empujaban río adentro cuando la corriente la lanzaba á la orilla, y no permitían á los desconsolados paganos que se acercaran á la imagen de aquella divinidad. Por fin ésta se perdió de vista, pero al llegar á las estepas de los pechenegos el viento la arrojó á la orilla; la cual desde entonces y durante más de un siglo llevó el nombre de orilla de Pirun. Wladimiro acto continuo mandó dar un pregón en que se decía que el ciudadano, pobre ó rico, que á la mañana siguiente no se encontrara en la margen del Dnieper sería considerado como enemigo. «Cuando las gentes oyeron esto se alegraron y dijeron: si esto no fuese algo bueno, no lo hubieran aceptado el príncipe y los boyardos. A la otra mañana presentóse en el Dnieper Wladimiro acompañado de los sacerdotes, de la zarina y de los que había llevado de Kherson, y muchos circunstantes se reunieron y se metieron en el río, con agua hasta el cuello unos y hasta el pecho otros, entre ellos los niños. Algunos sostenían á estos últimos: los adultos andaban dentro del agua y los sacerdotes rezaban de pie sus oraciones: daba gozo verlos. Cuando todas aquellas personas hubieron sido bautizadas, cada cual regresó á su casa.» Así dice la antigua crónica: sin embargo, por otros conductos sabemos que la conversión al cristianismo no se realizó sin alguna resistencia, y los más fanáticos partidarios de los dioses paganos huyeron de Kieff, refugiándose en las estepas ó en las vecinas selvas. La ciudad de Kieff, el príncipe y sus hombres fueron los únicos que se convirtieron en seguida: el resto de Rusia continuó durante mucho tiempo afecto al paganismo. Aun cuando en Kieff fueron destruidas las estatuas de los dioses y en los sitios en que antes estaban se levantaron templos cristianos; aun cuando los hijos de las principales familias de la ciudad fueron instruidos en las nuevas doctrinas, quedaba mucho por hacer antes de que pudiera calificarse de cristiana á la nación rusa. También ofrecía sus dudas saber si en todas partes se prestaría el pueblo tan fácilmente á seguir los mandatos y el ejemplo del príncipe: esto dependía en gran parte de la actitud que tomara Nowgorod. Pero Wladimiro no había perdido el tiempo: de Constantinopla había llegado el metropolitano Miguel para desempeñar en Kieff las funciones de jefe supremo espiritual de la iglesia rusa, y se acordó proceder sistemáticamente y comenzar por conquistar para la causa del cristianismo las poblaciones que se encontraban situadas en la vía fluvial que iba desde Kieff hasta Nowgorod. En este punto, son muy incompletos los datos que tenemos acerca del curso de los sucesos. El metropolitano Miguel pasó por

Nowgorod y llegó hasta Rostoff, pero falleció en 991 ó 992. En los esfuerzos que para el logro de su empresa hizo auxilió poderosamente Dobrynia, el cual tuvo que apelar algunas veces á la fuerza de las armas, pues ya era de esperar que el Norte no se sometería voluntariamente á las nuevas doctrinas. La primera conversión de Nowgorod fué puramente nominal, de suerte que cuando Leontias, el sucesor de Miguel (992-1004), griego oriundo de Kherson, nombró á Joaquín primer obispo de Nowgorod, ocurrieron en esta ciudad algunas sangrientas sediciones: la casa de Dobrynia fué destruida, asesinada su esposa, y solo apelando al fuego y á la espada pudo restablecerse el orden. Entonces las estatuas de los dioses fueron derribadas, como antes lo habían sido en Kieff, y la población recibió á la fuerza el bautismo (1). También se presentó Wladimiro, con el propósito de convertirlos, en las comarcas del Oeste del Dnieper; pero como era natural, la admisión del cristianismo fué en ellas tan solo aparente. Los territorios del Este y del Noroeste continuaron siendo durante mucho tiempo paganos. Con todo, se había dado el primer paso decisivo, y la desaparición completa del paganismo no podía ya ser más que cuestión de tiempo. En Rusia, como en todos los países donde penetraba el cristianismo, los gérmenes de la civilización comenzaron á echar raíces.

Con las Sagradas Escrituras impusieron en aquel país el arte de leer y el de escribir, que habían ya adquirido carta de naturaleza entre los búlgaros eslavizados desde los tiempos de Cirilo y de Metodio. La tradición pretende que los primeros sacerdotes fueron búlgaros, pero si así fué, éstos debieron de poseer necesariamente el idioma eslavo. También vemos á Wladimiro procurando instruir á algunos indígenas para que en lo sucesivo enseñaran al pueblo. Supo asimismo dar á la celebración de los días de fiesta cristianos un carácter que compensaba al pueblo de los banquetes con que se solemnizaban los sacrificios paganos; y la tradición popular, tal como ha llegado hasta nosotros no solo en la crónica sino en las canciones populares, describe con cierta fruición los banquetes que daba no solo á su corte sino á todo el pueblo. Todas las semanas los hombres de su séquito y los ancianos de la ciudad de Kieff comían á la mesa que Wladimiro les tenía preparada en su palacio, aun en las ocasiones en que estaba ausente de la capital. Existía una cohesión íntima entre Wladimiro y su drushina. No era este príncipe un héroe militar en el sentido en que lo había sido su padre: á la dureza que mostró, como hemos visto, en los comienzos de su reinado, sucedió posteriormente cierta suavidad, y hasta podemos decir cierta idea sentimental de la misión que como soberano le estaba confiada. Horrorizábale tener que aplicar la pena de muerte, y cuando el bandolerismo tomó inusitado incremento en su imperio, los obispos tuvieron que recordarle los deberes que como soberano sobre él pesaban. Ante tales excitaciones, se resolvió á volver á poner en vigor aquella pena, que había sustituido por el pago de una multa. El clero comenzó entonces á ejercer especial influencia en la dirección de la política interior y exterior. Su corte, el clero y en tercer término los ancianos de la ciudad compartieron el influjo en el ánimo del príncipe. En el exterior procuróse mantener la paz, lo cual en Polonia solo se consiguió en parte, como en otro lugar veremos; en cambio fueron amistosísimas las relaciones que entre él y Bohemia y Hungría existieron. Respecto de Roma, encontramos las relaciones envueltas en cierta oscuridad; pero de todos

(1) Los datos contenidos en la crónica de Joaquín, aun cuando de época posterior, son aprovechables, porque en ellos se dibujan indudablemente las huellas de una antigua tradición verdadera.